

# LOS NUEEVOS

PARIS.—Gabriel Aranda, economista, periodista en sus ratos libres y, sobre todo, funcionario del Ministerio de Equipamiento y de la Vivienda, trabajó durante años —servilmente, se dice— con el ministro Albin Chalandon. Por sus manos pasaron informes ultrasecretos, recomendaciones comprometedoras para diputados de la UDR y ministros, pruebas de la alianza del dinero con el poder, de la corrupción de personalidades situadas «por encima de toda sospecha». Aranda lo fotocopió todo, lo clasificó y formó varios «dossiers» sobre las personas más implicadas en asuntos turbios. Desde hace diez días lo va soltando por cuentagotas, y los hombres políticos franceses —no todos, naturalmente— se precipitan todas las mañanas a comprar «L'Aurore», «L'Humanité» y, los miércoles, «Le Canard Enchaîné», semanario satírico que, con «Le Monde», es el que ha sacado a relucir los trapos sucios.

Aranda lo había preparado todo muy bien, salvo la explicación moral o política de su acto. Al principio se trataba de un chantaje: «Si el Gobierno francés no deja de enviar aviones a Libia, que serán utilizados contra Israel —decía—, seguiré revelando escándalos de la V República». Luego abandonó estos argumentos y pretensiones para esgrimir otros más relacionados con la moral política del país: «Estoy asqueado del compromiso que existe entre la finanza y ciertos hombres políticos; si no lo divulgo, me consideraría siempre un cobarde».

El «caso Aranda» puede examinarse bajo muchos aspectos: el poder de la «xerocopia» (facilidad con que se fotocopian ahora toda clase de documentos, debido a la multiplicación de aparatos); a quién beneficia la operación (Giscard d'Estaing, por ejemplo, sale inmaculado de los escándalos); lucha entre «clanes» posgaullistas o nuevo caso de «doble nacionalidad» (agente del Estado francés que prefiere defender los intereses de Israel en caso de crisis), etcétera.

También puede situarse el «caso Aranda» dentro de una serie de actos análogos ocurridos en Francia, Estados Unidos y otros países: la rebelión de funcionarios, de los que se podía sospechar que no tenían problemas morales y que, como buenos tecnócratas, se limitaban a hacer

«honradamente» su trabajo, sin pararse a pensar en sus consecuencias.

## De buitre a paloma

Daniel Ellsberg, protagonista de un «caso Aranda» mucho más sonado, prodigio de la Universidad de Harvard, era partidario acérrimo de la guerra de Vietnam y de los bombardeos al Norte. Se había casado con la hija de un general de «marines» y, ya metido en una familia militar, entró también en el Ministerio de la Defensa, donde participó en la elaboración de las decisiones que prepararon la intervención americana en Vietnam. Fue después a Saigón para comprobar los resultados de la lucha contra el Frente Nacional de Liberación. Tal era su entusiasmo que acompañaba a las patrullas con las armas en la mano.

Poco a poco fue tomando conciencia, ayudado por una joven pacifista de la que se enamoró, Patricia Marx. Se divorció de la hija del general y se casó con ella.

Profundamente convencido ya de que la guerra era moralmente injusta, Ellsberg se dedicó a combatirla con artículos, declaraciones y manifestaciones, hasta entregar a la prensa los famosos «cuadernos del Pentágono».

Se justificó de la misma forma que Gabriel Aranda: «Ahora que han muerto nueve mil americanos más en Vietnam, lo único que falta es no haber dado antes estas informaciones al pueblo americano. Ahora que lo he hecho, declaro que lo hice conscientemente, y que en tanto que ciudadano americano —y ciudadano responsable—, tenía el sentimiento de no poder continuar escondiendo estas informaciones. Estoy dispuesto a asumir las consecuencias de mi acto».

## Un "juececillo"

Uno de los primeros casos de esta rebelión —y que quizá haya servido de ejemplo— es el del «juececillo» Sarzetakis, encargado de instruir el proceso del diputado de izquierdas griego Lambrakis. Lo vimos en la película «Z», interpretada por Jean-Louis Trintignant.

Hijo de un oficial de gendarmería, conservador y ligeramente derechista, Sarzetakis creía en las virtudes de la Constitución griega, en el Código Penal y en

la verdad. Resistió a todas las presiones de sus superiores y del Gobierno para llegar a establecer la responsabilidad criminal de varios oficiales del Ejército, entre ellos el general Mitsu —inspector de gendarmería de Macedonia—, en el asesinato de Lambrakis. Con sus investigaciones saltó el palacio real y al Gobierno de Constantino Caramanlis.

Ya se sabe lo que le ocurrió al juez independiente: los coroneles que tomaron el poder tras el golpe de Estado de 1967, reabilitaron a los militares acusados y le retiraron a él todas sus funciones en la Magistratura. No le concedieron ningún retiro ni indemnización, a pesar de llevar doce años de servicio, y se le prohibió la inscripción en el Colegio de Abogados. Vivió en la semimisericordia hasta la víspera de la Nochebuena de 1971, cuando el capitán Mitsu —hijo del general cuya culpabilidad había establecido— fue a detenerle, en plena noche, a su domicilio de Salónica. «No seamos hipócritas —había escrito antes al Consejo de Estado—, no me han licenciado ustedes por haber cometido alguna falta, sino simplemente porque he querido ser un juez en todo el sentido de la palabra».

## Justicia abierta

También quiso M. Pascal ser juez en todo el sentido de la palabra cuando se encargó del proceso de los asesinos de la pequeña Brigitte Dewevre, hija de un minero de Bruay, en Artois, en el Norte de Francia. Sus sospechas recayeron en el notario Pierre Leroy, una de las personalidades más notables de la región, miembro del Rotary Club y representante de la más rancia burguesía del Norte. El juez Pascal exigió la prisión preventiva contra el notario, que permaneció tres meses en la cárcel de Béthune..., hasta que el Tribunal de Casación retiró la instrucción del proceso al juez Pascal, trasladándole al Sur de Francia.

El juez Pascal había tocado también a un principio sacrosanto de la justicia que tenemos: el secreto de la instrucción de los procesos. El divulgó todo lo que sabía para que no pudiera «taparse» el asunto, recibió el apoyo unánime del pueblo —mineros y trabajadores—, convirtiéndolo a un asesinato crapulento en un problema social y nacional. Instauró la «justicia abierta», que explica

lo que hace sin miedo a las críticas, rompiendo con unas prácticas y un vocabulario incomprensibles para el profano. Liberada de este atavío, la justicia instalada es mucho más difícil de explicar a la gente.

Naturalmente, otro juez más «comme il faut» continúa la instrucción; el notario ya ha salido de la cárcel y pronto se rendirá la justicia de clase. Pero M. Pascal habrá dado un ejemplo.

## Magistrados independientes

El actual «affaire» de proxenetismo en Lyon, en el que están implicados policías de alto nivel y parlamentarios de la mayoría gubernamental —uno de los mayores escándalos de la V República—, ha sido revelado por la independencia de unos magistrados. Hay quien dice por el «ensañamiento», pues los allegados al poder aseguran que pertenecen a un Sindicato dependiente del partido PSU y que actúan por móviles políticos.

En realidad, los jueces Ceccaldi, Hanoteau y Simon, que llegaron a acusar a los jefes de Policía y al diputado gaullista, son dirigentes de un Sindicato creado en plena fiebre de mayo-junio de 1968, cuando todos los cuerpos y organismos de la sociedad francesa pusieron en entredicho las normas establecidas.

Cuando se formó este Sindicato, los asistentes a la asamblea constitutiva reclamaban, sencillamente, la independencia ante el poder político y la aplicación estricta de la ley. Al explicar lo que no quieren, lo hacen citando dos ejemplos contradictorios que demuestran la idea que tiene el poder de lo que debe ser la justicia, siempre a sus órdenes y variable según el momento político: cuando Pompidou regresó de Afganistán y se encontró con París lleno de barricadas y las cárceles repletas de estudiantes (entre ellos Cohn-Bendit), ordenó la liberación de todos los estudiantes condenados; dos años después, el secretario general de la UDR, Tomasini, acusa a los magistrados de «cobardía» por no dictar sanciones severas contra los estudiantes.

Actualmente, el Sindicato, que agrupa al 30 por 100 de los magistrados, no se limita a exigir y a practicar la independencia, sino que trata los problemas más a



# JUSTIFICIEROS

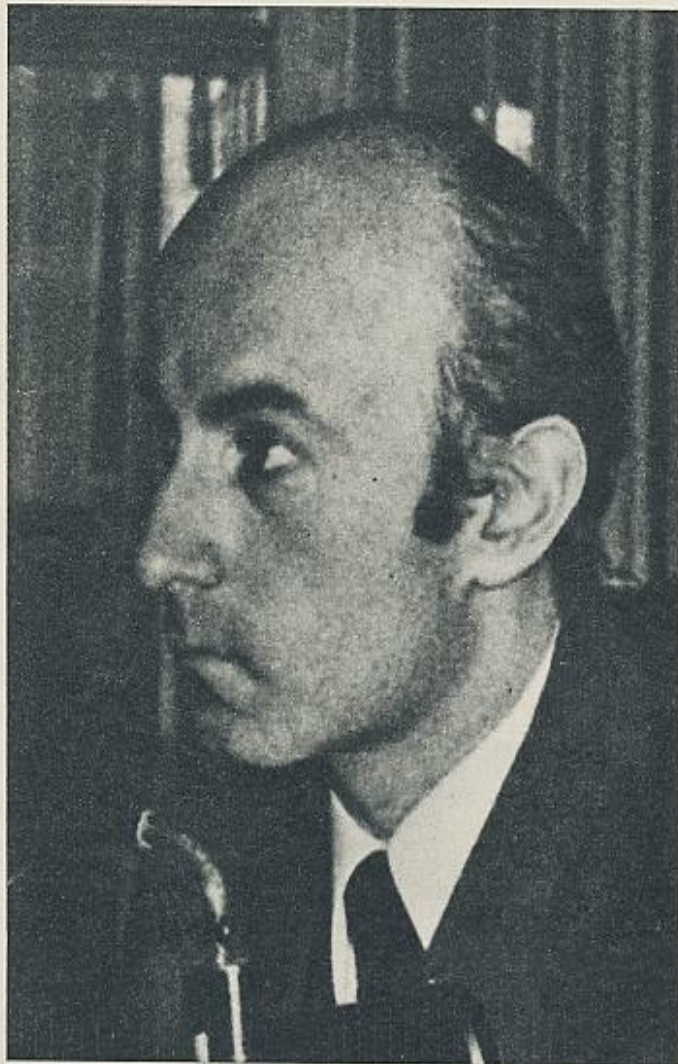
fondo. No quieren ser agentes represivos de una sociedad que no ofrece ninguna posibilidad de redención a los condenados: ¿de qué sirve —dicen— enviar a la cárcel a un ladrón de bicicletas, si en la celda va a conocer a asesinos y proxenetas? Al salir de la cárcel, sin oficio ni beneficio, caerá en el medio que ha conocido, y se volverá asesino o proxeneta.

## La rebelión de los «enarcas»

Estos casos aislados indicaban un estado de espíritu que se plasmaría pronto de forma concreta y colectiva en la ENA —Escuela Nacional de Administración—, en el pasado mes de junio: los «enarcas» se rebelaron contra un cierto orden establecido.

Los enarcas —que no tendremos más remedio que traducir por «tecnócratas»— son los alumnos y ex alumnos de la Escuela Nacional de Administración. Constituyen la crema y nata de la alta administración francesa, formando una casta de ejecutivos cuya competencia, seriedad y eficacia son unánimemente reconocidas. Los enarcas ocupan los más altos cargos en la administración y en la política; en el Gobierno actual hay unos seis ministros salidos de las aulas de la ENA. Desde que Michel Debré creó la ENA, en 1945, los primeros alumnos de cada promoción son destinados a una serie de organismos «prestigiosos», donde serán mejor remunerados y tendrán una carrera más brillante que la de los alumnos que terminan los cursos sin pena ni gloria. Los cuerpos más rentables son los que ofrece la Inspección de Finanzas, el Consejo de Estado y el Ministerio del Interior, que se llevaban, pues, los mejores tecnócratas.

Pues bien, al iniciarse el curso de 1971-72, 68 de los 100 alumnos de la promoción «Charles de Gaulle» (que estuvo a punto, por cinco votos, de llamarse «Comuna de París») escribieron una carta al Presidente de la República comprometiéndose a no elegir situaciones en los «cuerpos prestigiosos» al terminar la carrera. Y, en efecto, en junio de 1972, todos los que firmaron esa carta, y que se encontraban entre los primeros de la promoción, rechazaron los doce puestos ofrecidos por los «grandes cuerpos». Se tuvo que llegar hasta el 22 de la



Gabriel Aranda

promoción para que empezaran a ser atribuidos.

Al mismo tiempo, los alumnos demostraron una predilección por los Ministerios y cuerpos considerados como «pobres», por el futuro que ofrecen y las remuneraciones que proponen, pero cuyas actividades están más acordes con las nuevas preocupaciones de los enarcas: Ministerios de Asuntos Sociales y Culturales; mientras que el de Asuntos Exteriores y el de Finanzas, de mejor porvenir, eran sistemáticamente despreciados. Los alumnos de la promoción actual, «François Rabelais», han decidido tomar la misma actitud que los de la anterior.

Todo comenzó, como muchas cosas en Francia, en mayo

de 1968: los alumnos de la promoción «Robespierre» exigieron una reforma de la ENA y formaron grupos de reflexión. Dos años después, 33 alumnos de la promoción «Tomas Moore» firmaron una moción en la que denunciaban *“la instalación de un sistema de censura política y de represión policial, que falsea la noción de Estado democrático y que los funcionarios franceses quieren defender”*.

## ¿Qué piensa un tecnócrata?

*“La cabeza, con Giscard d'Estaing; el corazón, con Michel Rocard”*, así resumía el retrato del tecnócrata-tipo el periódico «Les Informations», tras una encuesta

realizada entre 2.300 alumnos y ex alumnos de la ENA, a raíz de la conmoción provocada por la actitud de la promoción «Charles de Gaulle».

Mil trescientos treinta y un enarcas —más de 52 por 100— contestaron al cuestionario de «Les Informations», y el resultado fue sorprendente, contrario a lo que pudiera imaginarse: en lo referente a sus opiniones políticas, el 37 por 100 declararon ser favorables a la izquierda no comunista; 14 por 100, al centro de la oposición; 29 por 100, a la mayoría gaullista; 2 por 100, comunistas, y 2 por 100, izquierdistas. El 86 por 100 de estos altos funcionarios afirman que, en principio, deben poner un muro entre sus actividades y sus opiniones personales, pero el 33 por 100 confiesan que les es imposible hacerlo.

Aunque parezca paradójico, estos fieles servidores del Estado son masivamente partidarios (75 por 100) de la creación de un Estado europeo supranacional, y desean una extensión del poder de las regiones (68 por 100), así como la multiplicación de comisiones de encuestas parlamentarias (75 por 100).

Decididamente, mayo del 68 y las nuevas corrientes de ideas han penetrado en los cerebros que se sospechaban impermeables, ya que el 77 por 100 es favorable a la píldora; 70 por 100, a la liberación de la mujer; 67 por 100, al aborto libre, y el 75 por 100 considera que el izquierdismo es un fenómeno positivo.

¿Cuáles son los problemas mundiales que preocupan al tecnócrata francés?: en primer lugar, el abismo que se crea entre los países ricos y los países pobres (22 por 100), y luego, la deteriorización del medio ambiente (23 por 100).

En lo referente a la economía, el 49 por 100 es favorable al principio de la autogestión de las empresas, el 29 por 100 desea la nacionalización de nuevas empresas y un 45 por 100 cree que no deben desnacionalizar las actuales.

Y, en resumen, el 68 por 100 de los tecnócratas opinan que estamos ante una crisis profunda de la sociedad. Lo que, ante los resultados inesperados de la encuesta, y comentándolos, llevó a un editorialista conservador a citar una frase de Mao Tse-tung: «El pez empieza a pudrirse por la cabeza...». ■ RAMON L. CHAO.